

Deslizamientos entre la transgresión y la historia en *Cien años de soledad*

Sliding from Transgression and History in *Cien años de soledad*

María Eugenia Osorio Soto
maria.osorio@udea.edu.co

Edwin Carvajal Córdoba
edwin.carvajal@udea.edu.co

Universidad de Antioquia, Colombia

Recibido: 5 de febrero de 2015. Aprobado: 23 de marzo de 2015
doi: 10.17533/udea.elc.n37a07

Resumen: *Cien años de soledad* (1967) se construye como una alegoría del relato de la creación bíblica, pero también del Descubrimiento de América y de la historia del siglo xx de Colombia. Así, en el universo mítico de Macondo, la transgresión funciona como eje articulador o fundante en cada uno de los momentos aludidos: el incesto, como la transgresión sobre la que reposa la cultura judeocristiana occidental; la violación, sobre la que se impone la civilización europea en el Nuevo Mundo; y la masacre, como el cimiento de la historia reciente de Colombia. Nos proponemos, por tanto, demostrar cómo dichos elementos se conjugan en la construcción de esta alegoría, pero además nos interesa exponer cómo *Cien años de soledad* se ubica en una línea de continuidad con los textos cronísticos del siglo xvi.

Palabras claves: García Márquez, Gabriel; *Cien años de soledad*; historia; transgresión; alegoría.

Abstract: *Cien años de soledad* (1967) was constructed as an allegory of the tale of biblical creation, the discovery of America and the history of the 20th century of Colombia. Thus, in the mythical universe of Macondo, transgression works as a touchstone or a fundamental axis in each of the moments recalled: incest, as a transgression on which western Judo-Christian culture lies; violation

* Este artículo es resultado de la investigación “Voces subalternas y discursos sobre el cuerpo en la narrativa posmoderna hispanoamericana. Segunda etapa”, inscrito en el Sistema Universitario de Investigación (Universidad de Antioquia); contó con el apoyo del programa de Estrategia para la Sostenibilidad del Grupo de Investigación GEL 2014-2015, otorgado por la Vicerrectoría de Investigación de la Universidad de Antioquia.

Cómo citar este artículo: Osorio Soto, M. y Carvajal Córdoba, E. (2015). Deslizamientos entre la transgresión y la historia en *Cien años de soledad*. *Estudios de Literatura Colombiana*, 37, 121-136. doi: 10.17533/udea.elc.n37a07

in which European civilization imposes itself on the New World; massacre as the foundation of recent Colombian history. Therefore, we aim to show how said elements combine in the construction of this allegory. Moreover, we are also interested in presenting how *Cien años de soledad* is located on a line of continuity with chronicle texts of the 16th century.

Keywords: García Márquez, Gabriel; *Cien años de soledad*; History; Transgression; Allegory.

Introducción

Ubicar la literatura hispanoamericana en una línea de continuidad con la narrativa de los cronistas de Indias es la propuesta que hace Rolena Adorno (2008) en su trabajo *De Guancane a Macondo. Estudios de literatura hispanoamericana*, donde sostiene que en las obras de algunos escritores modernos hispanoamericanos, como Juan Rulfo (1917-1986) o Gabriel García Márquez (1927-2014), se reactualizan temas propios de los textos del siglo XVI, en tanto que en ellos se vuelve a representar procesos de violencia que aparecen como versiones de la expulsión del paraíso, pero también como actos de barbarie y destrucción:

Leer “para atrás” en este caso, desde Rulfo y García Márquez hacia Cabeza de Vaca y Garcilaso, revela otras cosas, en particular, las continuidades en la tradición narrativa latinoamericana cuyos núcleos (actos de violencia y destrucción) no son novedades del siglo XX, sino propias del siglo XVI. La diferencia es que en el siglo XVI la narrativa que define la colonización tiende a cubrir la destrucción como una creación nueva [...], mientras que en la narrativa del siglo XX la violencia y la destrucción son sus propias consecuencias (p. 364).

Tomando como base lo anterior, observamos que la fundación de Macondo aparece como una alegoría de la creación del mundo, en tanto aquel es presentado como el mito de un universo intacto, previo al pecado original, cuya representación coincide con las edénicas narraciones hechas por los cronistas sobre la naturaleza, el paisaje y los lugares de asentamiento en el Nuevo Mundo. No obstante, desde el inicio de *Cien años de soledad* asistimos a un rápido deslizamiento que va de la historia a la transgresión y que bien puede ubicarse en un lapso de tiempo que se corresponde con el momento fundacional y su posterior decadencia como efecto de la violencia progresiva, que aparece como un correlato de la historia de los siglos XIX y XX en Colombia.

De esta manera, en el transcurso del relato también participamos de un evidente intercambio entre tiempo mítico e histórico o, si se quiere, entre ficción y realidad, en que convergen tres momentos fundacionales relacionados con la historia de la humanidad, de América y de Colombia, y cada uno tiene como eje articulador una transgresión: el incesto, la violación y la masacre.

Nos proponemos, por tanto, hacer una lectura de *Cien años de soledad* a partir de los tres momentos fundacionales que hemos mencionado y desvelar cómo opera el deslizamiento de la historia hacia el incesto, la violación y la masacre. Aunque existe una inmensa e inabarcable bibliografía sobre la obra de García Márquez y sobre *Cien años de soledad* específicamente, no hemos encontrado trabajos que propongan una articulación de los motivos que presentamos.

Primer deslizamiento: del incesto a los primeros cronistas

Macondo se representa como la Arcadia: un mundo pretérito anterior a la historia, a la muerte, con referencias a la primera pareja, al viaje, al tabú que se viola, a la búsqueda de la realidad, a la creación de la familia, al primer acoplamiento sexual y al nacimiento de los seres humanos. Sin embargo, más allá de este tiempo mítico, la narrativa del escritor colombiano se desarrolla en dos planos en los que se combinan elementos de la realidad metafísica y la sociológica (Rama, 1991, p. 76). Así, en el universo narrativo de *Cien años de soledad*, lo mítico y lo histórico se sirven entre sí para explicarse, y si bien la *Biblia* funciona como un intertexto, el cruce de indicios permite ubicar la historia de Macondo en la Conquista y su nacimiento hacia finales de la Colonia. Para este primer momento fundacional el incesto y la violencia son interdependientes, en tanto que el asesinato de Prudencio Aguilar por parte de José Arcadio Buendía, así como la posterior consumación del matrimonio entre este y Úrsula Iguarán, son los factores que ocasionan el éxodo de la pareja. En consecuencia, la reescritura del tema bíblico toma como motivo la analogía con la pareja primordial, esto es, los expulsados del paraíso: Úrsula y José Arcadio huyen del pecado signado por la consanguinidad y del miedo a las terribles consecuencias (Figueroa, 1997, p. 115).

Pero, no hay evasión posible, la nueva sociedad se funda sobre el tabú del incesto, cuya transgresión da como resultado el temido hijo con la marca visible del pecado: la cola de cerdo. A partir de este temor, somos deslizados nuevamente a otros dos planos que, para este momento, bien pueden ubicarse en el lado de la ficción o de la historia. Dicho deslizamiento emerge

como una relación de continuidad entre *Cien años de soledad* y los relatos del Descubrimiento, pues una y otros tienen su asidero en la insólita historia del continente americano que, como bien lo apunta el mismo García Márquez (1998) en una de sus reflexiones sobre la literatura, es difícil de creer, y agrega:

En América Latina y el Caribe, los artistas han tenido que inventar muy poco, y tal vez su problema ha sido el contrario: hacer creíble su realidad. Siempre fue así desde nuestros orígenes históricos, hasta el punto de que no hay en nuestra literatura escritores menos creíbles y al mismo tiempo más apegados a la realidad que nuestros cronistas de Indias. También ellos —para decirlo con un lugar común irremplazable— se encontraron con que la realidad iba más lejos que la imaginación (p. 1).

Así, el *Diario* [1492] de Cristóbal Colón (c. 1451-1506), la pieza más antigua de esta literatura, es también la primera muestra de los recursos imaginativos a los que tuvo que apelar el aventurero genovés para que los Reyes Católicos le creyeran la grandeza de sus descubrimientos. El mismo Colón, al llegar a la Isla de Cuba, hace levantar un acta en la que certifica que “los habitantes de una isla cercana tenían rabos de más de ocho dedos de largo” (Ramírez, 2007, p. 531). Otro cronista, Pedro Mártir de Anglería (1455-1526), relata sobre seres provistos de colas duras y alzadas, por lo que no podían sentarse más que en asientos con agujeros. Antonio Pigafetta (c. 1491 - c. 1534), el acompañante de Fernando de Magallanes (1480-1521) en su expedición alrededor del mundo, dice

haber visto en el Brasil unos pájaros que tenían colas, otros que no hacían nidos porque no tenían patas [...]. Dice que vio cerdos con el ombligo en la espalda y unos pájaros grandes cuyos picos parecían una cuchara, pero carecían de lengua. Fue Pigafetta quien contó la historia de cómo encontraron al primer gigante de la Patagonia, y de cómo éste se desmayó cuando vio su propia cara reflejada en un espejo que le pusieron enfrente (García Márquez, 1998, p. 2).

No obstante, esa misma y descomunal realidad americana narrada por los cronistas es la que vuelve a revelarse en la literatura moderna del continente, por lo que autores como el mismo García Márquez ubican su creación literaria en una línea de continuidad con aquellas primeras narraciones. García Márquez (1998) lo destaca de la siguiente manera:

[N]o hay una sola línea en ninguno de mis libros que no tenga su origen en un hecho real. Una de esas trasposiciones es el estigma de la cola de cerdo [...]. Yo hubiera podido recurrir a otra imagen cualquiera, pero pensé que el temor al nacimiento de un hijo con cola de cerdo era la que menos probabilidades tenía de coincidir con la realidad. Sin embargo, tan pronto como la novela empezó a ser conocida, surgieron en distintos lugares de las Américas las confesiones de hombres y mujeres que tenían algo semejante a una cola de cerdo. En Barranquilla, un joven se mostró en los periódicos: había nacido y crecido con aquella cola, pero nunca lo había revelado, hasta que leyó *Cien años de soledad*. Su explicación era más asombrosa que su cola: “Nunca quise decir que la tenía porque me daba vergüenza”, dijo. “Pero ahora, leyendo la novela y oyendo a la gente que la ha leído, me he dado cuenta de que es una cosa natural” (p. 3).

Ahora bien, así como reconocemos en Macondo una alegoría de la creación bíblica, que también representa un momento de la historia de la Conquista del Nuevo Mundo, en su fundador, José Arcadio Buendía, encontramos la figura del patriarca que ordena y organiza la nueva sociedad. A su vez, volviendo a la interconexión entre realidad y ficción, este personaje aparece como un correlato de la figura que nos ha llegado de Cristóbal Colón, en tanto que motivos afines los impulsan: la fiebre del oro y el interés por la geografía, la astronomía y los instrumentos de navegación. No obstante, se deja en evidencia que el conocimiento de José Arcadio, a diferencia del de Colón, es más teórico que práctico. En otras palabras, mientras Colón es un reconocido viajero y un buen conocedor de los instrumentos de navegación, José Arcadio es un viajero imaginario cuyo conocimiento del mundo y de los nuevos inventos lo obtiene mediante sus lecturas: “Cuando se hizo experto en el uso y manejo de sus instrumentos, tuvo una noción del espacio que le permitió navegar por mares incógnitos, visitar territorios deshabitados y trabar relación con seres espléndidos, sin necesidad de abandonar su gabinete” (García Márquez, 2007, p. 12).

En este orden de ideas, podría concluirse que si bien Cristóbal Colón y José Arcadio Buendía representan dos formas de conocimiento (empírico y teórico), habría que recordar que hasta el siglo xv el viajero y el erudito compartían un mismo deseo: satisfacer la atracción hacia lo exótico y lo desconocido (Pérez, s.f., párr. 28). Por consiguiente, la curiosidad, la admiración ante lo que se revelaba como un nuevo mundo, que para los siglos xv y xvi era tan nuevo y tan sujeto a cambios, es uno de los elementos que nos

permiten establecer el correlato entre estos dos personajes. Sin embargo, la evidencia más contundente de lo que venimos afirmando se hace manifiesta en el momento en que uno y otro, a partir de sus experiencias o formas de conocimiento, llegan a la misma conclusión, que, además, anuncian con palabras casi exactas: mientras Colón concluye que la Tierra tiene la forma de una pera, José Arcadio afirma que la Tierra es “redonda como una naranja”:

Mas ahora he visto tanta deformidad que, puesto a pensar en ello, hallo que el mundo no es redondo en la forma que han descrito, sino que tiene forma de una pera que fuese muy redonda, salvo allí donde tiene el pezón o punto más alto; o como una pelota redonda que tuviere puesta en ella como una teta de mujer, en cuya parte es más alta la tierra y más próxima al cielo (Colón, 1498, p. 4).

[José Arcadio] permaneció noches enteras en el patio vigilando el curso de los astros (...). Cuando se hizo experto en el uso y manejo de los instrumentos, tuvo una noción del espacio que le permitió navegar por mares incógnitos, visitar territorios deshabitados y trabar relación con seres espléndidos, sin necesidad de abandonar su gabinete (García Márquez, 2007, p. 12).

(...) Por fin, un martes de diciembre, a la hora del almuerzo, soltó de un golpe toda la carga de su tormento (...) y les reveló su descubrimiento:

—La tierra es redonda como una naranja (p. 13).

La atracción por lo maravilloso, otro de los elementos comunes de los dos exploradores, hace parte del imaginario que tenían los viajeros en los siglos xv y xvi, pero habría que entenderlo como un eco de las narraciones de *El libro de las maravillas*, de Marco Polo (c. 1254-1324), cuya referencia aparece en los textos de Colón y en la novela de García Márquez. Sin embargo, dadas las características narrativas de ambas obras, esto es, el género literario bajo el cual se enmarcan, encontramos que mientras en los *Diarios* de Colón se confirma la existencia de seres fantásticos, en *Cien años de soledad* solo se insinúa su existencia mediante citas indirectas a la obra de Marco Polo:

Entendió también que lexos de allí avía hombres de un ojo y otros con hoçicos de perros que comían los hombres, y que en tomando uno lo degollavan y le bevían la sangre y la cortavan su natura (Colón, 1492, p. 420).

Aquel espíritu de iniciativa social desapareció en poco tiempo, arrastrado por los imanes, los cálculos astronómicos, los sueños de trasmutación y las ansias de conocer *las maravillas del mundo* (García Márquez, 2007, p. 18).

[...] En el cuartito apartado, cuyas paredes se fueron llenando poco a poco de mapas inverosímiles y gráficos fabulosos, les enseñó a leer y escribir y a sacar cuentas, y les habló de *las maravillas del mundo* no solo hasta donde le alcanzaban sus conocimientos, sino forzando a extremos increíbles los límites de su imaginación (cursivas nuestras) (p. 25).

Macondo se funda en el lugar que José Arcadio Buendía ve en un sueño, para luego ser descrito de la siguiente forma: “[U]na ciudad ruidosa con casas de paredes de espejos” (p. 34). Lo interesante de esta elección es que evoca el primer asentamiento castellano en el Nuevo Mundo y lo hace de varias maneras: en primer lugar, porque José Arcadio, como también lo hizo Cristóbal Colón, busca un sitio que reúna las condiciones óptimas para establecerse; en segundo lugar, porque en el texto se dan indicios que nos llevan a pensar que Macondo se edifica en un lugar contiguo al Fuerte de Natividad, es decir, al primer asentamiento instalado por Colón, con los restos de la Santa María después de que esta encallara.¹ Aunque las referencias a dicho fuerte son sutiles, el guiño clave lo tenemos cuando se narra la admiración de los expedicionarios de José Arcadio Buendía al ver los restos de una embarcación: “Cuando despertaron, ya con el sol alto, se quedaron pasmados de fascinación. Frente a ellos, rodeado de helechos y palmeras [...] estaba un enorme galeón español” (García Márquez, 2007, p. 21).

Sin embargo, así como Colón decide fundar el fuerte Natividad en un lugar que, según sus conocimientos de navegación, se encontraba en territorio insular,² José Arcadio Buendía llega a la conclusión de que Macondo está rodeado de agua. Lo interesante de una y otra representación es que ambas se corresponderían con lo que Fernando Ainsa denomina *mitología insular*, la cual se había fundado en la Grecia clásica, pero se generaliza en el siglo XIII, cuando se difunde la idea de que las islas contenían maravillas espectaculares y de que las tierras más exóticas se encontraban ubicadas en islas misteriosas y lejanas (p. 3). En consecuencia, si bien el azar dispuso el arribo de Colón a las paradisíacas islas del Caribe, sabemos que él buscaba otra isla legendaria, denominada Cipango.

1 La localización geográfica de este fuerte está en Punta Santa, hoy Haití, al fondo de una bahía que para aquel entonces existía, pero cuya geografía hoy ha cambiado (Martín, 2005, p. 463).

2 Para los primeros navegantes, continentes solo eran aquellas tierras del *Orbis terrarum*: Europa y el Mediterráneo (Ainsa, 2010, p.7).

Ahora bien, la idea de un Macondo insular, la cual, como dice en el texto, “prevaleció durante mucho tiempo, inspirada en un mapa arbitrario que dibujó José Arcadio Buendía al regreso de su expedición” (García Márquez, 2007, p. 22), nos remite a la estrecha relación que, desde la antigua polis griega, ha existido entre isla y ciudad.³ La isla deviene en un lugar privilegiado siglos más tarde, con la creación de la primera *Utopía* (1516), de Tomás Moro (1478-1535), ya que, gracias a su insularidad, también es un escenario ideal para representar mundos autárquicos, esto es, en un estado primigenio puro y cargado de simbolismo mítico (p. 8). Así, la tradición literaria ha recogido este simbolismo de la isla de tierra firme, cuya ambición es la de ser una ciudad en la que el mundo se cristaliza y resume. Y aunque son muchas las obras de la literatura hispanoamericana en las que encontramos ejemplos de espacios “insularizados”, Macondo, según el mismo Ainsa, es el más emblemático, ya que cuando José Arcadio grita: “¡Carajo!, ¡Macondo está rodeado de agua por todas partes!”, surge la idea del pueblo isla, pero esta representación, a su vez, nace en oposición a la de continente (p. 9).

Por tanto, Macondo, con su carácter de pueblo isla, se ubica en el esquema mítico como “centro del mundo” o, en palabras de Ainsa, síntesis del universo (p. 10).⁴ De esta manera, la idea de un Macondo mítico lo extrae de la posibilidad de hacer parte de Occidente y de insertarse en la Modernidad, proponiendo, en cambio, una reflexión sobre los espacios simbólicos que los mapas representan y sus implicaciones. Se trata entonces de un cuestionamiento de la representación eurocéntrica del mundo imperante desde el siglo xv en Occidente. Macondo, como centro del mundo, pone en escena la cuestión de la representación y contribuye al reconocimiento de la periferia, en la medida en que se incorpora al discurso eurocéntrico; pero hay otro factor significativo, puesto que la decadencia de Macondo se produce justo cuando

3 Ainsa (2010) escribe: “Los relatos de fundación, entre míticos e históricos —Ktiseis— sobre el poblamiento de un lugar, los ritos y los cultos que lo ‘fundan’, son idénticos en la tradición griega, tanto para una isla como para una ciudad a la que se tiende siempre a ‘aislar’ con murallas y fosos de agua” (p. 7).

4 Son muchos los estudios en los que se trata el sentido mítico de la creación de Macondo. A manera de ejemplo, José Iván Bedoya (1987), en su trabajo *La estructura mítica del relato en la obra de Gabriel García Márquez*, apoyándose en Mircea Eliade, desvela los esquemas míticos que aparecen en la fundación de Macondo, a saber: un crimen que antecede a la fundación, un viaje y un sueño (p. 45). También Jorge Gissi aborda el tema en “Cosmovisión y psicoantropología de América Latina en Gabriel García Márquez” (2002), al igual que Katalin Kulin, en *Creación mítica en la obra de García Márquez* (1980), y, entre otros, Michael Palencia-Roth, en *Gabriel García Márquez: la línea, el círculo y las metamorfosis del mito* (1983).

este se conecta o incorpora a la Modernidad, convirtiéndose en el escenario de la violación y la masacre.

Segundo deslizamiento: de la violación a las guerras civiles

A pesar de que la fundación de Macondo es la consecuencia del éxodo causado por una doble transgresión (el asesinato y el incesto), llega a ser una aldea feliz. Dichas transgresiones, por otra parte, son determinantes en la implantación de la cultura occidental en el Nuevo Mundo, en tanto que han sido las utilizadas en los procesos de dominación de sus habitantes. En otras palabras, en la historia de la barbarie que acontece en América se imbrican diferentes formas de violencia, y si bien el asesinato es la más evidente, es imposible desconocer la que se operó a través del cuerpo de la mujer, siendo tan esencial en el proceso de consolidación de las sociedades americanas que bien podría trazarse un paralelismo entre la toma de posesión de este y la del territorio. Ricardo Herren (1991) insiste en que la mujer indígena, en muchos casos contra su voluntad, fue uno de los trofeos ganados por los europeos en su programa de conquista. En el mismo sentido, en *El laberinto de la soledad* (1950), Octavio Paz (1914-1998) (2004) describe la conquista de México como un acto de violación (p. 150). Allí mismo compara a la Malinche con la virgen violada y maltratada, lo cual nos permite pensar que si la Chingada representa la madre violada, bien puede esta verse como un correlato de la doble violación que representa la Conquista del Nuevo Mundo, en tanto implica la historia del continente y el cuerpo de la indígena.

A propósito de lo anterior, es simbólico el ritual que hacían los conquistadores al llegar a los nuevos poblados indígenas que se proponían someter. Por ejemplo, Don Gonzalo Jiménez de Quesada (1509-1579), antes de la fundación de Santa Fé de Bogotá, se pasea con la espada desenvainada sobre el lugar elegido y en señal de posesión, para finalmente tomarlo en nombre del emperador Carlos V. Un eco de este ritual lo podemos leer en *Cien años de soledad*, cuando José Arcadio Buendía decide tomar posesión de Úrsula y clava su lanza en la tierra (entiéndase, la mujer):

José Arcadio Buendía entró en el dormitorio cuando su mujer se estaba poniendo el pantalón de castidad. Blandiendo la lanza frente a ella, le ordenó: “Quítate eso”. Úrsula no puso en duda la decisión de su marido. “Tú serás responsable de lo que pase”, murmuró. José Arcadio Buendía clavó la lanza en el piso de tierra (García Márquez, 2007, p. 32).

La consumación del matrimonio entre Úrsula y José Arcadio aparece entonces como un ritual en el que el simbolismo de la posesión es evidente. No obstante, si nos desplazamos de este momento fundacional, donde se une la representación de la apropiación de la tierra y de la mujer, y nos detenemos en el contexto histórico del siglo XIX y de las guerras civiles en Colombia, la mejor contraparte de la conquista bélica y erótica la representa la figura del coronel Aureliano Buendía. Este personaje, macondiano por excelencia, además de promover treinta y dos levantamientos armados y, de paso, tener diecisiete hijos con diecisiete mujeres diferentes, parece un eco del soldado español, referido por Bernal Díaz del Castillo (c. 1496 - 1584), quien en tres años tuvo treinta hijos con mujeres americanas (Herren, 1991, p. 12). Así, una vez más se puede ver que la hipérbole no es una invención del realismo mágico, sino que en América se inaugura en actos como estos.

La figura del coronel Aureliano Buendía cobra otra relevancia en la novela, ya que en este personaje se funde el complejo ideal político que reconocemos en los hombres que hicieron parte activa de la vida política de Colombia en el siglo XIX, en el sentido que en él convergen los ideales de la utopía liberal y una tendencia conservadora, es decir, un ideal prehispánico en el contexto político del siglo XIX. No obstante, el espíritu subversivo de Aureliano Buendía, como lo expone Manuel Arango (1985), lo representa o lo encarna José Arcadio Segundo, quien se pone al servicio de la lucha iniciada por los trabajadores de las bananeras y se convierte en dirigente sindical (p. 57).⁵

Cien años de soledad abre entonces otra puerta, la cual nos deja al descubierto un período de la historia de Colombia que empieza en la década de los años cuarenta del siglo XIX y termina en la misma década del siglo XX. Durante estos años podemos deslindar tres momentos en los que la subversión liberal tiene incidencia en el devenir político del país: el primero, entre 1848 y 1854, es decir, durante el Olimpo Radical, época marcada por las grandes reformas liberales y en la que intenta llevarse a cabo la utopía liberal que se vio reflejada en la Constitución de 1854; el segundo, a partir de 1904, con las ideas socialistas de Rafael Uribe Uribe, asesinado en 1914. Uribe Uribe fue pionero en la constitución de células socialistas, comunistas y neoliberales, así como en la difusión de estas nuevas ideas entre los grupos obreros, campesinos y estudiantiles; y el tercer período, que se inicia en 1922 y durante el cual, por influencia de la Revolución rusa, hay un auge de la organización

5 El artículo de Lucía Inés Mena (1975) destaca las conexiones históricas que hay entre la representación literaria del Coronel y Uribe Uribe.

sindical, siendo sofocado en 1948, es decir, el mismo año del asesinato del líder liberal Jorge Eliecer Gaitán (Arango, 1985, p. 61):

La historia del coronel Aureliano Buendía, el fracaso de sus guerras [y] los vaivenes de su ideología política recrean la historia de aquel movimiento subversivo del siglo XIX que pretendió revolucionar las instituciones tradicionales del país de acuerdo con los principios de la utopía liberal (p. 62).

El deslizamiento entre la transgresión y la historia, evidente en *Cien años de soledad*, nos permite emparentar los movimientos armados representados en la novela con las luchas subversivas que sucedieron en Colombia entre 1848 y 1948. A partir de esta relación, entendemos que el destino de los hijos del coronel Aureliano Buendía en Macondo también es la representación de la tragedia de los líderes de la insurgencia en Colombia, es decir, de los ya mencionados, entre otros, Rafael Uribe Uribe y Jorge Eliecer Gaitán.

Tercer deslizamiento: del imperialismo a la masacre

Como lo hemos insinuado a través del trabajo, los actos de barbarie realizados por los europeos en el Nuevo Mundo se inician, en muchos casos, con ceremonias que, según el objetivo, cambian de escenografía. En *Cien años de soledad* encontramos una reminiscencia que, aunque funciona como una alegoría, da cuenta de esa tenue línea que existe entre el carnaval y la muerte. Nos referimos a la escena en la que se representa la entrada de Fernanda del Carpio a Macondo, la cual sucede en pleno carnaval, llegando acompañada de soldados que disparan contra la muchedumbre:

Las descargas de fusilería ahogaron el esplendor de los fuegos artificiales, y los gritos de terror anularon la música, y el júbilo fue aniquilado por el pánico. Muchos años después seguiría afirmándose que la guardia real de la soberana intrusa era un escuadrón del ejército regular que debajo de sus ricas chilabas escondía fusiles de reglamento (García Márquez, 2007, p. 232).

Este episodio, interpretado por Selma Calasans (1995) como un “carnaval sangriento” (p. 593), similar al que se produce en México a la llegada de Pedro de Alvarado (1485-1541), quien entra disparando en medio de un ritual azteca, viene a anticipar lo que serían los baños de sangre desatados por

causa de las guerras civiles entre conservadores y liberales desde el siglo XIX en Colombia. No es gratuito, por tanto, que Fernanda del Carpio sea el personaje que encarne los valores cristianos e hispánicos; su procedencia misma lo revela, puesto que Tunja fue uno de los centros letrados de la Colonia y cuna del hispanismo. De esta manera, ingresamos en el plano extratextual, que alude a la realidad política de la historia de Colombia, inaugurando así el tercer acto transgresor que venimos refiriendo: la masacre.

Ahora bien, consustancial a las masacres, aparecen la lluvia y el olvido. La primera se cierne sobre Macondo durante cuatro años, once meses y dos días, y el segundo, referido inicialmente como una peste que había sido traída por Rebeca desde Manaure, va tomando diferentes dimensiones en el texto:

El gobierno rechazó el cargo en un bando extraordinario y prometió una investigación terminante del episodio sangriento. Pero la verdad no se aclaró nunca, y prevaleció para siempre la versión de que la guardia real, sin provocación de ninguna índole, tomó posiciones de combate a una señal de su comandante y disparó sin piedad contra la muchedumbre [...]. Seis meses después de la masacre, cuando se restablecieron los heridos y se marchitaron las últimas flores en la fosa común, Aureliano Segundo fue a buscarla [a Fernanda del Carpio] a la distante ciudad donde vivía con su padre, y se casó con ella en Macondo, en una fragorosa parranda de veinte días (García Márquez, 2007, p. 233).

La interconexión entre violencia y olvido, que se conjugan desde la primera masacre, produce una ruptura del espacio y el tiempo mítico, en tanto que, como lo expone Ángel Rama (1991), al abandonar el tiempo del mito se penetra en aspectos sociológicos e históricos de Colombia (p. 101). Así, desde el microcosmos de Macondo, vamos asistiendo a la incorporación del país a las ideas de modernidad y progreso, cuyo primer incitador es el patriarca José Arcadio Buendía, cuya ambición, como la de los liberales del siglo XIX, es civilizar y conectar a Macondo con el mundo moderno.

La exacerbación de la violencia, que empieza con el suceso del carnaval sangriento y llega a un punto culmen con el episodio de la masacre de las bananeras, vuelve a poner en entredicho los límites entre realidad y ficción, ya que la narración de este suceso se torna fantasmagórica, no solo por el carácter de lo acontecido, sino por la forma en que se relatan los hechos: el interminable cargamento de muertos, la lluvia que se cierne sobre Macondo durante cuatro años, once meses y dos días, a fin de limpiar la sangre derramada, y la amnesia que sufre el pueblo después de la sangrienta masacre,

abren una puerta hacia el mundo onírico, aunque inevitablemente anclado en una realidad colombiana que para este momento empieza a ser definida por la presencia del capital norteamericano, es decir, la consolidación del neocolonialismo.

En consecuencia, la masacre de los trabajadores se enmarca en el momento en que empieza a surgir la clase obrera colombiana y cuando esta lleva a cabo sus primeros intentos de organización (Kline, 2002, p. 188). Para este período es determinante el respaldo que tiene de la clase política nacional el imperialismo norteamericano en la costa caribe colombiana, por lo que también es emblemática la presencia de la compañía bananera en el Magdalena, la United Fruit Company,⁶ así como la del ferrocarril, la Santa Marta Railway Company.⁷ Paralelo a ellas se desarrolla una época de corrupción y represión, cuyas técnicas se perfeccionan a lo largo del siglo xx:

[L]a huelga y la matanza de las bananeras de 1928 no solamente tuvieron como punto de partida reivindicaciones obreras, sino que marcaron una encrucijada histórica en la cual el elemento criollo nacional respaldó un imperialismo extranjero [...] con la finalidad de aplastar definitivamente una rebeldía que amenazaba con volverse en contra de sus privilegios de clase como tal, y de sus privilegios de clase política del momento (Vincent, 1981, p. 66).

Esos mismos acontecimientos marcan la inserción de Macondo en la Modernidad e implican su apoteosis, cuyo clímax es la masacre de los trabajadores de las bananeras (Ramírez, 2007, p. 544). Después de este suceso, solo queda la soledad, tanto en la narración de *Cien años de soledad* como en el lugar histórico de la masacre:

El período inmediatamente posterior a la matanza fue, para la zona, un período de absoluto silencio y absoluta soledad, ya que, no obstante la horrible situación de desempleo, miseria y hambre, las plantaciones bananeras del

6 Jean-Francois Vincent (1981) expone que ya en 1913 se hicieron las primeras denuncias sobre la corrupción propagada por la United Fruit Company entre la Policía, las Fuerzas Armadas, los jueces, los políticos y la prensa. En 1915, se le acusa de contrabando y de intromisión en la política nacional; en 1916, de robo de tierras de la nación; en 1924, se le vuelve a acusar de seguir inmiscuyéndose en la política nacional, de seguir desmontando y de construir un canal de riego, contrariando los lineamientos del Ministerio de Industria (p. 60).

7 La tesis doctoral de Jean-Francois Vincent contiene un estudio profundo sobre los aspectos políticos y económicos relacionados con la presencia de la United Fruit Company y de la Santa Marta Railway Company en esta zona del país.

Magdalena continuaban sin recuperarse del personal que habían perdido en 1928 (Vincent, 1981, p. 75).

La descripción que acabamos de leer podría extenderse a lo que ha sido la historia de muchas regiones en Colombia, las cuales, pasada la tormenta del saqueo de las compañías extranjeras, han quedado sumidas en la desolación, la miseria y el olvido. De esta manera, como lo sugiere Carmenza Kline (2002), Macondo emerge como una parábola que se multiplica en la historia de pueblos como Ambalema, Segovia o Ciénaga, entre muchos otros, que fueron ricos en su momento, pero que, al decaer sus economías, quedaron convertidos en pueblos fantasmas donde solo permaneció el amargo recuerdo de un pasado glorioso (p. 200). Así, para terminar, *Cien años de soledad* se constituye entonces como un texto incómodo, en tanto que puede leerse como una alegoría de la sociedad colombiana, alegoría que no deja de sorprendernos por su fina evocación de una historia de violencia de 500 años.

Conclusión

Tal como expusimos en la tesis central de este texto, la lectura de *Cien años de soledad* se vincula de forma directa con tres momentos fundacionales relacionados con la historia de la humanidad, del Nuevo Mundo y de Colombia; momentos que se pudieron abordar como alegorías importantes del poder, la política, la economía y la guerra. De igual forma, sostenemos la hipótesis de que cada momento tiene como eje articulador una transgresión: el incesto, la violación y la masacre. Sin embargo, planteamos que en *Cien años de soledad*, como en toda alegoría, se produce una ruptura entre el tiempo mítico y el histórico, destacando tres deslizamientos que se mueven entre la realidad histórica y la ficción literaria.

Bibliografía

1. Adorno, R. (2008). *De Guancane a Macondo. Estudios de literatura hispanoamericana*. Sevilla: Renacimiento.
2. Ainsa, F. (2010). Las ínsulas de “tierra firme” de la narrativa hispanoamericana. Entre la memoria y la esperanza. Disponible en: <http://www.biblioteca.org.ar/libros/155673.pdf> [Consultado el 18 de enero de 2015].

3. Arango, M. (1985). *Gabriel García Márquez y la novela de la violencia en Colombia*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
4. Bedoya, L. I. (1987). *La estructura del relato en la obra de Gabriel García Márquez*. Medellín: Impresores R.V.
5. Calasans, Selma. (1995). *Cien años de soledad y las crónicas de la conquista*. En J. G. Cobo Borda (ed.), *Repertorio Crítico sobre Gabriel García Márquez. Tomo I* (pp. 581-594). Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
6. Colón, C. [1492]. Primer viaje. Diarios de Colón. Disponible en: <https://juancarloslemusstave.files.wordpress.com/2014/07/diarios-de-colic3b3n.pdf> [Consultado el 20 de marzo de 2015].
7. Colón, C. (1498). Carta-Relación del Almirante Don Cristóbal Colón a los Reyes Católicos sobre su Tercer Viaje. Disponible en: <http://www.anhvenezuela.org/pdf/textos%20historicos/010022.pdf> [Consultado el 20 de marzo de 2015].
8. Figueroa, C. (1997). *Cien años de soledad: reescritura bíblica y posibilidad del texto sagrado*. En *XX Congreso Nacional de Literatura, Lingüística y Semiótica. Cien años de soledad treinta años después* (pp. 113-122). Bogotá: Imprenta Patriótica del Instituto Caro y Cuervo.
9. García Márquez, G. (1998). Fantasía y creación artística en América Latina y el Caribe. Disponible en: <http://encontrarte.aporrea.org/media/92/creacion.pdf> [Consultado el 18 de enero de 2015].
10. García Márquez, G. (2007). *Cien años de soledad*. Bogotá: Alfaguara.
11. Gissi, J. (2002). Cosmovisión y psicoantropología de América Latina en Gabriel García Márquez. *Revista Chilena de Literatura*, 61, 145-185.
12. Herren, R. (1991). *La conquista erótica de las Indias*. Bogotá: Planeta.
13. Kline, C. (2002). *Violencia en Macondo. Tema recurrente en Gabriel García Márquez*. Bogotá: Alfaomega Colombiana S.A.
14. Kulin, K. (1980). *Creación mítica en la obra de García Márquez*. Budapest: Akadémiai Kiadó.
15. Martín, V. (2005). El primer asentamiento castellano en América: el fuerte de Natividad. En A. Gutiérrez Escudero y M. L. Luviana Cuetos (coords.), *Estudios sobre América siglos XVI-XX. Actas del Congreso Internacional de Historia de América* (pp. 463-482). Sevilla: Asociación Española de Americanistas.

16. Mena, L. (1975). El general Uribe Uribe como modelo histórico del coronel Aureliano Buendía en *Cien años de soledad*. *Revista Interamericana de Bibliografía*, 2(25),150-168.
17. Palencia-Roth, M. *Gabriel García Márquez: la línea, el círculo y las metamorfosis del mito*. Madrid: Gredos.
18. Paz, O. (2004). *El laberinto de la soledad*. Madrid: Fuenlabrada.
19. Pérez, E. (s.f.) Transcripción y presentación. *Libro de las maravillas del mundo*, de Juan de Mandevila (Valencia, Joan Navarro, 1540). Disponible en: http://parnaseo.uv.es/lemir/textos/mandeville/MAND_PAR.htm [Consultado el 17 de enero de 2015].
20. Rama, Á. (1991). *La narrativa de Gabriel García Márquez. Edificación de un arte nacional y popular*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura.
21. Ramírez, S. (2007). Atajos de la verdad en *Cien años de soledad*. En G. García Márquez. *Cien años de soledad* (pp. 529-546). Bogotá: Alfaguara.
22. Vincent, J. F. (1981). *Macondo banana: esclavitud legal y creación literaria* (tesis doctoral). Bogotá: Universidad Pontificia Javeriana.